

Las Almas de los Viejos

Rafael Domingo Caro Suárez

*En sus viejos cuerpos ya gastados
moran las almas de los viejos.*

Konstantino Kavafis

En cuanto Eleuterio lo vio, un p rfido temblor zarande  su viejo y cansado cuerpo. Una incertidumbre aterradora se le clav  en el alma apoderándose de su voluntad. Empujado por una arrogante, pero ficticia, actitud de valentía, con toda la delicadeza que fue capaz de reunir en momento de tanta angustia, logr  sacarlo del buzón sin haberle procurado el más mínimo daño a los exteriores del sobre. Con manos trémulas y empapadas en sudor lo depositó, como si de un bebé recién nacido se tratara, encima de la mesa del salón. Se alejó de él con gran pesadumbre, mientras se llevaba una mano a la frente. Volvió sobre sus pasos con el punzón de la duda pinch ndole las sienes. Haciendo acopio de un profundo temor, palp  la posibilidad de adivinar qué encerraban aquellas paredes blandas. Con aire espartano ante tan dilatado y deliberado titubeo, decidió, dominado por un casi incontrolable estado frenético, ponerse manos a la obra. Dispuso, en un alarde de falsa valentía escénica, como miles de veces lo había hecho antes de atacar simultáneamente las cuerdas de su guitarra, el pulgar y el índice de la mano derecha en forma de u cerrada. Tras varios intentos fallidos tratando de extraer una punta de la que tirar para abrirlo sin que se desgarrara en lo más nimio la lengüeta principal, Eleuterio logr , poniendo extremado mimo en sus largas y afiladas uñas, pellizcar y levantar un ínfimo y casi imperceptible filo, al que aferr  sus uñas como si del último cabo al que agarrarse se tratara antes de caer inexorablemente a un abismo. Con más temple del que hubiera esperado de él jamás, afront  todo lo que faltaba por despegar de la resistente apertura sellada. Culminada la maniobra, retir  sus manos, ahora tersas y frías, y se las llevó al pecho restreg ndolas de arriba abajo sobre la camisa en un acto reflejo convulso. Semej  a la silueta desdibujada de una vieja ramera al contemplar el sobre con su boca abierta ultrajado y abandonado a lo largo de la mesa. Sintió un desprecio hilarante por aquella repugnante escena. Desafiante hizo avanzar una de sus manos hasta introducirla sigilosamente a través de la afrentosa cavidad. Sus diestros dedos palparon suavemente el contenido: una carta y un disco. Extrajo con cierta frugalidad los objetos, observándolos dolosamente, uno en cada mano, como si fuesen puños que en cualquier momento fuesen a abalanzarse sobre él y comenzasen a asestarle golpes mortales de necesidad. La perplejidad manifestada en su rostro presagiaba la antesala de una semblanza que irremediablemente desencadenaría una explosión col rica en una cadena de histeria irreprimible. En la carátula del disco había escritas, a mano, dos letras, que a Eleuterio se le antojaron malignas nomenclaturas musicales salidas del estigio: la nota B y la nota C, letras paciente y perfectamente perfiladas grabadas con el fuego del infierno. Se le apret  con más fuerza un nudo en el estómago; Eleuterio no podía imaginarse, ni por asomo, la hecatombe de cuitas mentales que esperaban agazapadas tras aquellas estigmatizadas iniciales.

“Hola, querido mal nacido:

Desearía que estuvieras tan viejo y lleno de artrosis que el dolor no te permitiera tocar la guitarra, ni que conciliaras jamás el sueño.

Lamentablemente, no se ha dado el caso, la vejez y la artrosis aún no han hecho un efecto sobresaliente y fulminante en ti. Aún no. Pero, si el tiempo no cumple en breve con su cometido, ya me encargaré yo de que, de alguna manera, sufras hasta que pidas morir por todo el daño que me hiciste. Cuando termines de leer esta parte, ve el DVD. Después de verlo, lee detenidamente lo que hay escrito al dorso de esta carta, e inmediatamente realiza los pasos indicados. No intentes pasarte de listo, como creíste serlo aquel día en el conservatorio delatándome como un chivato barato y bajuno ante tu baboso y despreciable director. Estoy vigilándote. Nadie debe saber nada, de lo contrario... Claudia está en mi poder”.

El objetivo de la cámara se movió hacia el atrio, justo sobre las campanas de la Giralda, donde la imagen quedó fijada; a Eleuterio se le antojaron cencerros gigantes colgados del cuello de una gran bestia con cabeza puntiaguda. Unos segundos más tarde, alguien con aspecto desaliñado miraba hacia la cámara desde allí arriba. Eleuterio no distinguía bien su rostro porque el objetivo estaba demasiado lejos. De modo que, cuando el objetivo fue avanzando lentamente, una figura que le resultó más que familiar ocupó de repente completamente la pantalla. ‘¿Claudia? ¡No es posible!’, dijo Eleuterio a punto de perder completamente la compostura. Alguien la rodeaba con sus brazos. Claudia tenía las manos atadas y la boca tapada con una tira de cinta aislante color gris. El hombre que la asía era César, un antiguo compañero de trabajo del conservatorio al que Eleuterio había delatado por haber sacado del centro una guitarra sin permiso. César tiró de ella y ambos desaparecieron escurriéndose entre la gente. De repente... Borja cayendo desde el atrio de la Giralda y estrellándose contra el suelo. Ocurrió todo tan precipitadamente que a Eleuterio no le dio tiempo a distinguir quién era la persona que había caído desde el atrio. Cuando el objetivo de la cámara lo enfocó de cerca, Eleuterio ahogó un grito en su garganta. El miedo que tantas veces había sentido en el reformatorio se apoderó de él con todos sus fueros, multiplicado por un millón, sintiéndolo hasta en sus tuétanos. Ahora lo comprendía todo. Las iniciales B y C se correspondían con los nombres de Borja y Claudia. Pero, si César sale en la grabación, ¿quién estaba detrás de la cámara?, se preguntó Eleuterio casi sin energía. Trató de encontrar en lo más hondo de su ser un resquicio de voluntad que le aportara las fuerzas necesarias para continuar leyendo, pero un jipido mudo se lo impedía. Secó sus lágrimas con la manga de la camisa con un gesto de coraje cuando a su mente acudió la imagen de Claudia en manos de aquel asesino, imagen que le proporcionó las fuerzas que necesitaba para continuar leyendo lo que el asesino había escrito al dorso de la carta.

“¿Cómo te sientes, eh, mal nacido? ¿A que duele? ¿Has visto a tu querida ex-compañera de fatigas? Pese a su edad, aún se conserva bastante bien. Y seguirá así mientras hagas lo que te voy a decir. Paso uno: tienes que ir al conservatorio, coger una de las guitarras y llevártela a tu casa sin pedirle permiso a nadie, pero procurando que alguien te vea salir con ella. Paso dos: cuando te pregunten, tienes que negar los hechos. Paso tres: tienes que ir a esa dirección que hay escrita en el margen de esta hoja y regalarle la guitarra a la persona que vive allí.

Adiós cabrón, hasta la próxima, que será aún peor. Recuérdalo bien, mal nacido: si no haces lo que te digo, Claudia correrá la misma suerte que tu amigo y luego iré a por ti. Claudia está en mi poder. Claudia está en mi poder. Claudia está en mi poder. Claudia está en mi poder. Claudia...

Eleuterio se incorporó con el rostro bañado en lágrimas y todas las articulaciones de su maltrecho cuerpo entumecidas pidiendo a coro auxilio en un grito quejumbroso. Se sintió profundamente abatido y desconsolado. Al abrirlos, la luz de la realidad lo inundó. Sus enrojecidos ojos chocaron contra la aterciopelada oscuridad de su habitación. Había sufrido, una vez más, una de sus acusatorias pesadillas.